

buenos días, o las buenas noches». Todo se reduce a rejuvenecer a los jefes y a rejuvenecer los métodos. Pero tenemos, en verdad, prisa».

Georges Bonnet citaba a los que se impondrán irresistiblemente: a Ancelle, a Roch y a Luchaire, no sin hallarles precursores. «Este mismo deseo—escribía—fué formulado por hombres que hicieron la guerra y que no son jóvenes ya. Germain, Riou, Dominique y Bonardi, en *Paris Phare*; Cassine y Malherbe, en *La Revue de Vivants*, y Valois y Arthuys, en *Le Nouveau Siècle*, lo expusieron cada cual a su manera y según su temperamento.»

El ex ministro que cabalga entre dos edades no se incluye entre los precursores; pero la moneda de su juego, la que está en el aire, la fortuita, es la del mañana.

«¿Por qué—se pregunta—el equipo de hombres que había gobernado el país desde 1894 conservó el Poder de 1920 a

1928 con los mismos métodos que hace treinta años, lo mismo con la Cámara del Bloque Nacional que con la del «cartel»?

No es fácil en nuestro sentir, que las cosas queden en Francia como están. Esos jóvenes han acreditado el buen diente en la vida, y ahora lo van a acreditar en el Poder. En la juventud española, tan desganada hasta hace poco del mando, estas voces francesas hallan eco.

«Da l'ardore l'ardire...» Del ardor juvenil salen el deseo de excelencia y la osadía.

De linaje tan noble como la pasión de amar o la pasión de saber es la pasión de sobresalir. La juventud que combate por el poder del honor es justo que combata por el honor del Poder. La juventud es ciertamente un signo en la era nueva, que la República ha abierto bajo los mejores auspicios.

(El Sol. Madrid.)

de Inglaterra no lo intente solucionar con mis lecciones, sino con la observación del espíritu que alienta ahora a los industriales de Inglaterra.

El Maestro se extendía en comentarios muy interesantes, pero noté que el periódico que él comentaba era, precisamente, *The New York Times* del 26 de Abril. Le interrumpí para preguntarle si era sobre esas cosas sobre lo que deseaba hablarle a Salomón.

—¡Oh, no!, me respondió; es sobre esto otro. Y traspaginando el rotativo neoyorquino, Gissing prosiguió sonriente:

—Es sobre este artículo de Leslie Buell, acerca de la política yanqui en el Caribe y en Centro América; esto va a provocar la ira de Salomón. Sostiene aquí Buell, que para los Estados Unidos esta región significa lo que Gibraltar y la península Arábiga para Inglaterra y el Norte del Africa para Francia; tiene frases encantadoras contra los gobiernos de estas repúblicas, aplicando en general a todas lo que es tan sólo un hecho aislado en algunas de ellas, y haciendo confusiones tan grotescas y cometiendo errores tan visibles, que van a provocar chisporroteos, si no estallidos, en la punta de la pluma de Salomón.

—Yo le he dicho,—continuó Gissing—, que Buell no representa el pensar de los Estados Unidos propiamente, sino el pensar comercial y, desde luego, mentiroso como el de todo comerciante. Salomón lo toma demasiado en serio al enojarse con Buell: él vale mucho más que Buell para hacer esas cosas: pero ese es su temperamento, y escribe tan entregado a lo que escribe que gusta leerlo. Debiera combatir a Buell en inglés, que tan admirablemente domina, y en su propio terreno, en los Estados Unidos. Pero él es así, y hace muy bien todo cuanto se le ocurre hacer: y hay mucho que esperar de un hombre que sabe exponer con claridad su pensamiento, cuanto ese pensamiento abarca distancias que la generalidad de las gentes no habría podido abarcar de otro modo.

Quise tomarle el periódico a Gissing a ver si dejaba de elogiar tanto a de la Selva, pero el Maestro, abriendo en toda su amplitud la página, me señaló, comentándolas jovialmente, las grandes afirmaciones «equivocadas» de Buell.

—Y lo más gracioso,—me dijo enseguida—, es que esta es la manera de pensar comercial de los Estados Unidos y va a ser, como lo está siendo, su fracaso comercial más grande. El Caribe va a ser la ruina de los Estados Unidos, moralmente, económicamente y, lo que es más grave para ellos, estratégicamente.

Allá están todavía con las doctrinas imperialistas de los imperios del mundo, tan anticuadas hoy, como Inglaterra con las doctrinas económicas. No es un axioma el que la Historia se repite; no existe una ley indiscutible que rija los destinos de los pueblos: hay siempre en estas cosas un elemento diferencial, impreciso, del cual depende todo sin embargo, y es el espíritu de los hombres,—que no puede preverse a menudo, como hoy acontece—; mientras las clases productoras se llamaron así únicamente, fué posible la aplicación de principios económicos conocidos como eficaces; hoy esas clases productoras tienen conciencia de que son un factor decisivo en la economía nacional, reclaman para sí derechos que justifican con claridad y están agitándose en la idea, que ya no podrá quitárseles fácilmente, de que son clases explotadas por minorías explotadoras: este es un hecho del cual ya no

Una charla con Gissing

= Envío del autor =

Para *Persiles*, de cuyas dedicatorias ya sabe que me encuentro libre, y para Rebecca Kaye, cuyo corazón tiembla siempre de amor hacia estos pueblos oprimidos de Nuestra América.

Agradezco a Salomón de la Selva el haber conocido a este gran sabio inglés, refugiado, según él dice, bajo la paz espiritual de Costa Rica.—Quise verlo en su estudio unos cortos instantes y me quedé en su casa toda la tarde.—¡Conversamos de tantas cosas!

Tomando café se refirió con cariño a Salomón y me dijo: —Dígale que venga; aquí le tengo preparados unos recortes de *The New York Times*, del 26 de Abril, que creo que no ha visto, porque de lo contrario ya habría venido a conversar conmigo. Salomón viene a desahogarse siempre aquí conmigo.

Gissing da la sensación de un patriarca, pero al tratarlo, el impulso juvenil del viejo lo hace a uno no respetar sus barbas blancas, sus cabellos blancos, ni sus profundas miradas imperiosas: porque, es tan clara su visión del mundo, habla con tanto cariño y naturalidad de todos los asuntos del mundo, que en el acto sentimos, a la par de Gissing, la vuelta de una infantil camaradería.

Cuando estuvimos en el jardín había cesado la llovizna y estaba la tierra negra.

—Esta tierra es sensual, me dijo Gissing: esta tierra mojada me recuerda siempre a las mozas que veía, en mi juventud, pescando en el Támesis: llenas de vida y dispuestas a multiplicar el mundo entero para hacer de él un Paraíso!

El viejo traía en sus manos un periódico y con él me señalaba sus flores y plantas predilectas: está encantado de las plantas tropicales. «Me infunde vida esta vegetación, me infunde vida, solía repetirme; aquí voy a ser capaz de vivir otros setenta años: esto no habría podido nunca sentirlo en Inglaterra».

Gissing se refirió a la literatura inglesa y yo lo escuchaba con deleite, cuando me sorprendió verle sacar no sé de dónde un pañuelo enorme, blanco, que traía escondido no pude ni podré saber dónde por sus grandes dimensiones; Gissing, animado siempre, lo desdobló en el aire, enjugó el agua de uno de los bancos del jardín, tendió el gran trapo

encima y, obligándome a sentarme a su lado

—No perdamos tiempo,—me dijo; dejemos en paz a los clásicos ingleses, tan inéditos todavía como los españoles. Mire Ud.—y abría mientras tanto el periódico—, de lo que se ocupan actualmente mis coterráneos: están discutiendo el problema de la crisis en Inglaterra. En Inglaterra discuten todavía las cuestiones sociales a base de las leyes económicas de los textos, y esas leyes son tan leyes como la Ley Seca en los Estados Unidos: sirven para enseñar tanta economía política, como la Ley Seca para enseñar moralidad a los niños yanquis. Mientras las naciones del mundo no presten seriedad a lo que está pasando en Rusia, jamás podrán resolver sus problemas sociales; ahí han roto con todas las leyes sociales conocidas en los textos de nuestras escuelas y universidades, y están teniendo éxito: es un «hecho», y es muy probable que el soviét llegue pronto a imperar en el mundo.

—¿Es Ud. bolshéviqui?—le pregunté lleno de curiosidad al Maestro—.

—De ningún modo, hijo, me respondió Gissing: a mi edad no pueden tenerse arrestos tan extremistas. Lo de Rusia, sin embargo, debiera preocupar más a los estadistas del mundo: aún cuando el mundo entero se confabulara contra Rusia, y la destruyera, la experiencia del régimen soviét seguiría latente en todas las clases productoras de la tierra, obligando a los gobiernos a cambiar sus normas. Y a Rusia no podrán destruirla, hijo, no podrán destruirla.

Mientras allá laboran, en mi patria discuten. Vea Ud. aquí,—señalando el periódico—; mi discípulo, Sr. Phillip Gibbs le contesta al profesor francés André Siegfried, en una discusión internacional sobre la crisis en Inglaterra; voy a escribir hoy mismo a Gibbs, es un buen mozo; voy a decirle que debe olvidar mis lecciones de economía política, pues él todavía respeta mis lecciones y aquellas cosas ya dejaron de ser ciertas: así ocurre con las ciencias sociales; voy a decirle que el problema